

milla de las grandes ideas. Florencia estremeciose al eco de aquella elocuente é inspirada palabra, y la tiranía de los Médicis cayó por tierra, proclamándose la República y recobrando el pueblo sus libertades. Savonarola marcha á Roma, y allí predica desde el púlpito la reforma de las costumbres y la pureza de la moral cristiana; y convirtiendo en tribuna las ruinas de la Ciudad-Eterna, se alza sobre el roto pedestal de una columna del antiguo Foro, y desde allí clama contra la opresion de los Bórgias y escita el pueblo á recobrar su dignidad y sus libertades perdidas. Alejandro VI tiembla desde las alturas del sόlio pontificio, hasta dondę llegan las inspiradas palabras del tribuno; Lucrecia se estremeco en su lecho de placeres, en su nido de amores poblado cada dia por nuevos amantes, porque hasta allí penetra la voz de Savonarola, aquella voz que era el eco de la conciencia humana horro- rizada de tantos crímenes, avergonzada de tantas impurezas. La hora habia sonado, colmada la medida del sufrimiento, y aquella Roma, escándalo del orbe, atronada por el ruido de las orgias, iluminada por el resplandor de las continuas saturnales, manchada por el vicio, iba á desaparecer, para dejar lugar á la Roma cristiana, modelo de pureza evangélica. Esto predicaba Savonarola, y su elocuencia persuadia al pueblo. Los Bórgias temblaron, y el apóstol tuvo que salir de Roma, no porque lo intimidase el martirio, sino porque Florencia reclamaba su ayuda. ¡Triste espectáculo le aguardaba! Aquellas libertades tan queridas, por las que tanto tiempo suspirara, aquella república, garantia de los derechos del pueblo, se hundia de nuevo bajo la planta de los Médicis. Allí, perseguido por estos, condenado como hereje por el papa y anatematizado, fué hecho prisionero, sometido al tormento y llevado á la hoguera. Y aquel pueblo por quien daba su vida, por cuyas libertades se sacrificaba no solo consintió cobardęmente en aquel suplicio, sino que, mejor hallado con su degradacion que con el uso de sus derechos, llegó hasta á mofarse del mártir en el momento en que el fuego quemaba sus carnes, y su alma, perdonándole, se elevaba á los cielos. ¡Cuánto debió sufrir el espíritu de Savonarola, en aquellos momentos, al ver tal ingratitud! Aquella tortura de su alma, debió ser mayor que los dolores producidos por la llama que, retorciendose, lamia sus miembros y calcinaba sus huesos. ¡Oh, el pueblo, el pueblo...! Dedicad toda vuestra vida á su redencion, sacrificaos por él, someteos por él á las persecuciones de los tiranos, cargad sobre vuestras espaldas la cruz de sus dolores, y encontrareis por premio á vuestra abnegacion su abandono, su desprecio, y, tal vez, de él os venga el martirio. ¡Oh, el pueblo! El pueblo será siempre ingrato, mientras no se le instruya, para que sepa querer su bien, y distin-

guir á sus redentores de sus verdugos. Nuestra alma sufre horribles penas al hacer tales reflexiones, y nuestro corazon se angustia. Desfalleceria nuestra esperanza, sino recordásemos que nunca se pierden del todo las buenas doctrinas; siempre hay generosos espíritus, conciencias elevadas en las cuales queda el gérmen de las santas ideas. Esto sucedió con las ideas y las doctrinas de Savonarola; quedaron encerradas en algunas almas, para germinar en su dia y producir sus frutos. Savonarola merece con justicia uno de los mejores lugares en el interminable catálogo de mártires de la idea, de redentores de la humanidad, victimas de la ingratitud de los pueblos y de la crueldad de los tiranos. Su nombre será siempre un alto ejemplo y un eterno modelo para todo el que ame la libertad y la dignidad humanas. En aquella naturaleza delicada, en aquel cuerpo débil y enfermizo, se revelaban la grandeza del alma y la luz del gęnio, juntas con la bondad del corazon y la ternura de sentimientos. Su voz era elocuente, robusta, tonante cuando clamaba contra la tiranía de los Médicis y la corrupcion de la corte romana; y dulce y tierna cuando predicaba al pueblo la moral evangélica, haciendo palpitar los corazones en demanda de dicha y virtud.

Y sus doctrinas ¿qué se hicieron? Vivas están en la conciencia, infinitos apóstoles las han predicado, innumerables mártires, como él, han regado la tierra con su sangre, muchas revoluciones las han implantado para verlas luego desaparecer. Cier- to que desde el siglo XV hasta nosotros, mucho se ha conseguido, no poco se há adelantado, pero aun queda bastante por hacer. Todavía los pueblos no han sido redimidos del todo, aun no han entrado para siempre en el uso de sus derechos, aun estan tiranizados. Todavía un poder que se llama representante de Dios, vive entre el fausto; aun quiere imponerse á las conciencias con el peso de sus anatemas; aun no enseña ni practica la moral mas pura, mostrándose contrario al progreso y enemigo de los pueblos. Pero ¡paciencia! que el momento supremo se avecina, la civilizacion avanza, y pronto desaparecerán de la haz de la tierra todas las tiranias. Los pueblos serán libres, las conciencias serán soberanas. El derecho reinará en toda su plenitud, y la razon será el único criterio.

Todos los despotismos se conmueven, todos los poderes que en la fuerza se fundan, se bambolean. La humanidad tendrá sus apóstoles, sus tribunales, acaso sus mártires que predicarán como Savonarola la reforma de las costumbres y la era de la libertad. Aun no se ha estinguido la gran raza, la raza de los redentores; aun hay grandes corazones, elevados espíritus, angustiados con los males presentes, y depositarios de las doctrinas salvadoras para el porvenir. Habrá obstáculos inmensos que derribar, fuertes poderes que combatir, persecu-

